**DOMINGO DE LA ASCENSION DEL SEÑOR -b**

Casi ya terminando el tiempo pascual, hoy celebramos la solemnidad de la Ascensión del Señor. El evangelio de San Marcos nos presenta el momento en el cual Jesús, antes de volver al Padre, encomienda a sus discípulos la misión de ir por todo el mundo y anunciar el Evangelio. Jesús no desaparece, no abandona, sino que abre un camino hacia el cielo, hacia el Padre. Si Jesús no hace el camino primero, nosotros no podemos hacerlo por nuestra cuenta. De algún modo Jesús nos lleva consigo al cielo: se lleva nuestras miradas, nuestras palabras, nuestros gestos de amor y de servicio, nuestras sonrisas, nuestros deseos de ser mejores, nuestros mejores sentimientos. Pero también se lleva consigo nuestras flaquezas, nuestras miserias, nuestros fracasos, nuestras tristezas, nuestras angustias. Se lleva todo esto consigo como quien se lleva una carta escrita con nuestras vidas para ser leída en el cielo al Padre.

Pero Jesús también deja una misión: “Vayan por todo el mundo y anuncien el evangelio a toda creatura”. Cada palabra de Jesús no es una simple palabra: Jesús dice a “todo el mundo”, no dice a unos cuantos, o a sus amigos, o a un grupo específico. Dice a todo el mundo. La amplitud del mandato de Jesús incluye a cada persona, a quien hay que anunciar la Buena Noticia. Jesús no hace diferencia de personas, somos nosotros que decimos: “a éste sí, a éste no”. Cada persona con quien compartimos un mínimo minuto, es ya un candidato para recibir la buena noticia. No necesariamente palabras, sino también gestos y actitudes. Debemos preguntarnos si nuestro rostro anuncia la buena noticia; si nuestras palabras son una buena noticia; si con nuestros gestos proponemos una buena noticia. En pocas palabras, la buena noticia es el mandamiento del amor. Y si acabó el discurso. Y en el amor, todos están incluidos: creyentes y no creyentes, amigos y enemigos, cercanos y lejanos. Nuestra vida, según las palabras de Jesús, debe ser un anuncio del amor para los demás.

Muchas veces me tocó compartir con personas que se han salvado milagrosamente de una enfermedad o de un accidente, y sin embargo no aprendieron: siguen anunciando pestes a los demás. Pero también he conocido gente que ha sufrido situaciones muy penosas y sin embargo dan un anuncio de vida y de esperanza.

Jesús asciende al cielo pero nos deja una gran responsabilidad: anunciar lo que Él anunció. No hay que cambiar las palabras; ya está todo dicho; sólo hay que repetir y recordar sus Palabras de vida. Y aquí también hay gente muy creyente de polos opuestos: están los que anuncian catástrofes en nombre de Dios y los que anuncian una panacea. Ni uno ni lo otro es el mensaje de Jesús. El evangelio es muy claro; somos nosotros los que lo hacemos complicado y le damos la vuelta para acomodarlo a nuestros criterios o los criterios del mundo.

“Quien no cree será condenado”. La esposa que deja de creer en su esposo, ya está condenada a vivir como viuda. Los hijos que dejan de creer en sus padres, ya están condenados a vivir como huérfanos. El amigo que deja de creer en su amigo, en realidad ya no tiene amigo. Creer o no creer define nuestra vida: porque creer no es rezar, creer es amar. Hay una falsa concepción de la fe como si fuera un conjunto de ritos externos. La fe expresa lo que se vive dentro del corazón. Por lo tanto lo que tengo dentro define lo que vivo hacia afuera. La fe sin amor no es fe. Por lo tanto, quien deja de creer en Dios, ya está condenado a vivir sin amor, porque Dios es amor.

“Los que creen recibirán estos signos: podrán expulsar demonios en el nombre de Jesús, hablarán nuevas lenguas, tomarán en sus manos las serpientes, si beben algún veneno no les hará daño, impondrán las manos a los enfermos y estos se sanarán”. La enfermedad, el pecado, el demonio, la muerte, no podrán vencer a quienes creen en Dios. Lo dice el mismo Jesús. Esto quiere decir que a pesar de las situaciones más penosas que podamos vivir, si confiamos en Dios, nada podrá separarnos de la vida, del amor, de la paz, de la alegría. Ningún veneno de palabras chismosas afectará nuestra paz interior; ningún sufrimiento nos quitará la verdadera alegría del amor; ningún pecado podrá dominar nuestro corazón; ninguna enfermedad nos quitará la esperanza de ser sanados por Dios. Sólo basta creer en Aquél que lo puede todo. Nuestra fe no se basa en la ausencia del sufrimiento, sino justamente en tomar conciencia de que la cruz siempre estará, pero no la llevamos solos: es Cristo quien hace el esfuerzo mayor. Creer o no creer; amar o no amar. Nosotros elegimos. El Señor hace el resto.